

Cuando un tirano captura un dictador, la libertad solo cambia de dueño

No era la droga. O al menos no solo. A Estados Unidos le interesa el petróleo venezolano, y su presidente lo ha dicho sin eufemismos. Venezuela posee las mayores reservas de crudo del mundo, incluso por encima de Arabia Saudí.

José Carlos Enríquez Díaz. 07 ene 2026 - 10:54

La caída de un dictador siempre es recibida como una buena noticia. Es comprensible. Los pueblos sometidos a la arbitrariedad, al miedo y a la miseria suelen aferrarse a cualquier final que prometa alivio. Pero no todas las caídas son iguales, ni todos los finales abren la puerta a la libertad. Cuando un tirano captura a un dictador, la libertad no nace: simplemente cambia de dueño. Con la caída de Maduro **no se trata solo de quién cae, sino de quién se erige en juez, policía y administrador de un país ajeno.**

La decisión de detener a Maduro y llevarlo ante el juez estadounidense culmina un año de política exterior impulsiva, personalista y abiertamente hostil al multilateralismo. Trump no actúa como garante de la democracia, sino como alguien que sitúa la fuerza por encima del derecho. El mensaje es inequívoco: **el poder militar sustituye a la legalidad cuando esta estorba.**

A esa pretensión política se suma otra aún más inquietante. Trump ha anunciado que compañías estadounidenses se harán cargo de la industria petrolera venezolana **para “hacer dinero”**. No para reparar una injusticia histórica, no para devolver la soberanía a los venezolanos, sino para generar beneficios. El discurso es transparente hasta la obscenidad: la intervención no busca restituir derechos, sino administrar poder y riqueza.

No era la droga. O al menos no solo. **A Estados Unidos le interesa el petróleo** venezolano, y su presidente lo ha dicho sin eufemismos. Y no es solo petróleo: gas natural, oro, hierro, bauxita, coltán, cobre, níquel, titanio y zinc conforman un botín demasiado grande como para ser ignorado. Cuando los discursos morales coinciden sospechosamente con los mapas de recursos, la historia ya nos ha enseñado a desconfiar. Estados Unidos fue durante décadas un fabricante de dictaduras militares.

La sustitución de una tiranía por otra forma de dominación, más sofisticada y con mejor aparato de propaganda, sigue siendo dominación. La libertad no llega en bombarderos ni se decreta desde mansiones presidenciales rodeadas de generales.

La verdadera pregunta es si el pueblo venezolano ha ganado soberanía, dignidad y derechos. Y, por ahora, todo indica que no. Ignacio Ellacuría y sus compañeros no murieron por “malas compañías”. Murieron por tomarse en serio el Evangelio. Porque el problema nunca fue con quién se rodeaban, sino a quién incomodaban.

El Evangelio es claro y brutalmente incómodo: “No podéis servir a Dios y al dinero” (Mt 6,24). Sin embargo, el discurso que acompaña la intervención en Venezuela mezcla sin pudor ambos altares. Se habla de democracia mientras se reparte el botín. Se invoca la justicia mientras se anuncian negocios. Se derroca a un tirano para instaurar la lógica del mercado armado.

La historia latinoamericana está llena de cruces levantadas en nombre del orden. Y casi siempre, los crucificados fueron los mismos: los pobres, los críticos, los que se atrevieron a decir que el rey estaba desnudo. Romero, Ellacuría, los jesuitas de la UCA, tantos otros. No murieron por error. Murieron porque estorbaban.

Por eso conviene decirlo con todas las letras, aunque incomode: cuando un tirano captura a un dictador, la libertad no ha llegado; ha sido secuestrada. Y si para justificarlo hace falta volver a crucificar al que se pone del lado de los últimos, entonces quizá el problema no sea político, ni siquiera geoestratégico. Quizá el problema sea que el Evangelio sigue siendo demasiado peligroso para el poder.

LEER TODO EN RELIGIÓN DIGITAL

https://www.religiondigital.org/dios_en_la_frontera/tirano-captura-dictador-libertad-cambia_132_1438968.html